

IBÁÑEZ-MARTÍN, J. A. (2017) *Horizontes para los educadores. Las promociones educativas y la promoción de la plenitud humana*. Madrid, Dikynson, 2017.

Esta obra es la resultante de sintetizar la formación filosófica que tiene el autor con su experiencia acumulada como profesor universitario, precisamente centrada en la Filosofía de la Educación. El profesor José Antonio Ibáñez-Martín, ejemplo claro de que la edad administrativa no debiera imposibilitar en la universidad pública la docencia cuando se mantienen plenamente las condiciones mentales para ello, se proyecta en un texto que pretende remover la conciencia de los profesionales docentes de todos los niveles respecto a los aspectos que resultan más trascendentes de la profesión. Y lo hace mostrando claramente cuáles son sus principios directrices que resume en cuatro, a saber: a) mostrar las luces que proporcionan las evidencias, b) reconocer que las evidencias no dependen solo de la razón técnica, c) la convicción en la capacidad humana para alcanzar la verdad y d) la confianza en que el descubrimiento de la verdad incita a comprometerse con ella. Todo ello con la mención explícita de que no alcanzará unanimidad en la aceptación de tales principios, pero con la coherencia de quien cree fervientemente en ellos.

El autor reconoce expresamente la vinculación de su pensamiento pedagógico con el idealismo platónico, fundamentado en la existencia del mundo de las ideas más allá de la mente humana y en la tarea del maestro que ha de conducir al discípulo a su descubrimiento.

Por consiguiente, cabe interpretar la tarea educativa como el resultado de encender un fuego y no el de llenar un vaso. La creencia en la necesidad de una educación plena, integral del ser humano, lleva inherente una dimensión ética en el ejercicio de la docencia y, por ende, de la actividad educadora. Porque los profesores, no hará falta decirlo, son vistos por el autor como educadores en el pleno sentido de la palabra, que han de ejercer sus tareas desde el ejemplo y la convicción en unos valores que quieren inculcar –no imponer– a sus alumnos y discípulos. El relativismo moral es visto por el profesor Ibáñez-Martín como un grave impedimento para alcanzar las metas pedagógicas, en la misma línea que la consideración de una sola metodología didáctica para impartir conocimientos, más específicamente la denominada tecnológico-eficientista. La preferencia por perspectivas que podemos considerar como más cualitativas resulta evidente.

Las referencias concretas a la situación actual de la actividad docente se contextualizan mayoritariamente en la universidad. Así se explica el rechazo a que la educación se ciña exclusivamente en la preparación para una profesión y un empleo; tampoco en la aceptación pasiva de las normas sociales que conducen a un papel de simple elemento de la sociedad, por no decir de simple súbdito del poder político. Al profesor-educador nuestro autor propone la aplicación de cuatro directrices básicas: cercanía, distancia, entusiasmo y humildad, que deberán actualizarse en las propuestas de formación permanente, junto a la necesaria actualización

técnica. Pero todo ello debe acompañarse de un comportamiento moral intachable, dada la función paradigmática que los docentes ejercen sobre sus alumnos. Este último requerimiento es destacado en diversos momentos, hasta el punto de considerarlo requisito ineludible de la actividad educadora de todos los niveles.

No faltan las críticas ácidas, no por ello menos merecidas, a ciertas pérdidas de las formas y los reconocimientos de los profesores y cargos académicos de la actual universidad española, que han llevado al menosprecio de perseguir la excelencia. La crítica también se dirige a otras medidas administrativas del sistema educativo general, la dirección escolar, por ejemplo, que fácilmente pueden ser compartidas por muchos profesores responsables y deseosos de mantener criterios académicos de calidad. Y así se llega a analizar hechos y tendencias propias de los tiempos actuales, donde la comunicación en red busca más el impacto emocional y el proselitismo político-ideológico que la presentación de los datos verificables. Y en medio la figura del profesor, que ha de optar entre dejarse llevar por la corriente imperante, más cómoda y a veces expresada en forma de silencios, o bien asumir el riesgo de hacer pensar a sus alumnos, aunque los resultados puedan ser el fomento de la disidencia sobre el criterio imperante.

El autor de esta obra se alinea claramente con quienes rechazan que el sistema educativo deba estar exclusivamente en manos del Estado. El papel que se asigna a la familia justifica que existan centros escolares de iniciativa

no pública, que ofrezcan un proyecto educativo coherente a las familias que libremente lo elijan. Y tras manifestar su clara vinculación y compromiso con la Iglesia católica, el profesor Ibáñez-Martín escribe un capítulo entero dedicado a justificar la necesidad de la enseñanza de la religión en la escuela y más concretamente la religión católica en el contexto del actual sistema educativo español. La justificación se puede resumir en el texto que indica que «en una sociedad libre, tanto los individuos particulares como las autoridades religiosas, tienen pleno derecho a presentar sus ideas en *la plaza pública*» (p. 172), dejando así lo que califica como «el ambiente cálido de la parroquia». De este modo, afirma el autor, los jóvenes católicos no se podrán hacer la idea de que su religión no se enseña en los lugares serios porque pertenece al terreno de lo mítico y lo costumbrista (p. 179).

El profesor Ibáñez-Martín termina su libro con un recuerdo y homenaje a quien fue su maestro, según su propio reconocimiento, Antonio Millán-Puelles; a quien fuera su colega y amigo, Elliot W. Eisner, y a su primer discípulo, José Manuel Esteve. Con ello hace nuevamente explícitos sus vínculos académicos y personales con quienes le han influido y con quienes ha trabajado, haciendo realidad ese viejo adagio de «dime con quién andas y te diré quién eres». Esos nombres no agotan, evidentemente, la pléyade de amigos, colegas y discípulos de la dilatada vida académica del profesor Ibáñez-Martín, que sigue desarrollando sus potencialidades académicas a través de la dirección del Doctorado en Ciencias Sociales de la UNIR.

El conjunto de la obra está apoyado en una pléyade de citas que apoyan las tesis del autor o que sirven de contraste para sus planteamientos, citas que se expresan en forma de pies de página, hasta un total de más de cuatrocientas, para así no romper el discurso, que resulta proyectivo de su forma de razonar. Quienes conocemos al profesor Ibáñez-Martín sabemos de su agudeza en los análisis, de su deseo de debatir de manera razonada y del respeto que le merecen posiciones que no comparte si son defendidas con honestidad y rigor. En esta obra comentada

se podría pensar que ha deseado vaciar todo un conjunto de cuestiones que le resultan más próximas a su vida actual y del pasado inmediato, considerándose perfectamente legitimado a estas alturas de la vida para decir cuanto piensa y cree. Son ventajas que proporciona la madurez y el saber que ya no se debe nada a nadie. Al menos así lo entenderemos algunos congéneres que lo conocimos hace tiempo y que seguimos gozando de su presencia y capacidad dialéctica.

Jaume Sarramona